

# EL FIN DEL DOGMA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

**M**ALOS tiempos para los dogmas. Las sociedades actuales no los toleran, ni en los programas políticos ni en las religiones. Los políticos que afirman verdades incontrovertibles acaban siendo mal mirados por su público. Hasta los más rígidos, los más autoritarios, los más intransigentes, se están amparando hoy bajo el término de "democracia", que ha llegado a tener un valor semántico independiente de su función histórica y de gobierno: se entiende ahora que democracia es la manera de discrepar, de pensar todo de nuevo, de revisar lo que se tenía como verdades. Algo de eso hay, probablemente más en quien escucha y acepta el término que en quien lo emite. El dogma está desprestigiado: o se refiere a términos que apenas importan para la vida diaria, para la comunidad —puramente, digamos, académicos— o está definitivamente mal visto. Es una ventaja, es una forma de dar agilidad a las ideas colectivas, de apartarse de una rigidez de normas inservibles o inaplicables. Se está derrotando poco a poco aquello que, definido una vez, había de servir para siempre, fuese cual fuese la dinámica de las sociedades: y se defendía a fuego —de Inquisición o de fusiles— y a sangre. Tiempo de herejes, tiempo de ortodoxos, tiempo de revisionistas. Esta gran ventaja de un pensamiento que tiende a liberarse se está pagando con la incertidumbre, la confusión, la inseguridad. En otros tiempos, unas mismas ideas servían para toda la vida de un hombre. Ahora hay que aprender la humildad de que nada es enteramente válido, y lo es solamente mientras duran las circunstancias en que se utiliza; y hay que estar siempre dispuesto para este "recyclage" que nos enseña cada día a vivir cada día. Se está cayendo a trozos la vieja costra del mundo.

**L**E ha tocado el turno, ahora, a una de las verdades políticas más duras y más difíciles de los últimos ciento treinta años: la dictadura del proletariado. Verdad en el sentido con que se emitió la frase por Marx, en el sentido en que se definió el "socialismo científico" frente a los "socialismos utópicos" en una época en que lo científico parecía dotado de la seguridad, de la certeza, frente a lo especulativo (en el tiempo transcurrido, la noción de ciencia ha variado también en un sentido más abierto, más apto para variar y para ser rectificada). El Manifiesto Comunista de 1848 firmado por Marx y Engels advertía que el proletariado debe apoderarse de la supremacía política —del poder— para arrancar todo capital al Estado y centralizar toda la producción en manos del proletariado "organizado en clase dominante". Para cambiar tan enteramente el orden establecido había que instaurar, durante un cierto tiempo, una situación excepcional en la que se emplearían "despotische Eingriffe", decía el texto alemán del manifiesto, "intervenciones despoticas". Era un tiempo en que las palabras estaban mejor aceptadas que ahora. Despotismo tenía menos carga peyorativa. Como dictadura. Marx aclararía cuatro años después esa frase, y otras pronunciadas o escritas por él, en este sentido: "La lucha de clase conducirá necesariamente a la dictadura del proletariado". En esa época, y en las posteriores, las dictaduras y los dictadores no ocultaban su nombre (Primo de Rivera, mucho tiempo después, aceptaría el título de dictador, y nadie se ha elevado aún contra el término de dictadura aplicado a su gobierno). La "dictadura del proletariado" era una respuesta a la "dictadura de la burguesía".



Georges Marchais: "Si el papel del proletariado es esencial, no representa a la totalidad de la clase obrera, y menos aún al conjunto de trabajadores".

Generalmente, todas las dictaduras se implantan teóricamente por un tiempo y unas circunstancias determinadas: excepcionales. La del proletariado no iba a ser una excepción, siempre según Marx: el tiempo necesario para transcurrir entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista. Un período de transformación revolucionaria, y también una fase de transformación política "durante la cual el Estado no será otra cosa más que la dictadura del proletariado", seguiría profetizando Marx mucho tiempo después, en la "Crítica del programa de Gotha". Según los marxólogos más estudiosos, Marx ha empleado en su obra once veces la expresión "dictadura del proletariado", y siempre en este mismo sentido: una situación autoritaria y obligatoria para producir el tránsito de una sociedad a otra.

**H**ACE ya algún tiempo que los partidos comunistas de la Europa Occidental rechazan esa idea. No hace mucho, el español Santiago Carrillo dijo esta frase: "Dictadura, ni la del proletariado" (TRIUNFO, número 679). La repulsa a esa idea no deja lugar a dudas. Ahora se rechaza más oficialmente por el partido francés en su XXII Congreso, que se ha celebrado entre el 4 y el 8 de febrero.



La "dictadura del proletariado" era una respuesta a la "dictadura de la burguesía". Ahora Marchais ha seguido los pasos de Berlinguer y Carrillo, repudiando tan polémico término. (Vista general del Congreso del PCF, celebrado en París con asistencia de 1.700 delegados.)

y en el que se ha dado un énfasis especial al "humanismo científico" (TRIUNFO, número 679). El texto que se ha propuesto para sustituir la dictadura del proletariado es éste: "El poder que conducirá a la transformación socialista de la sociedad será el poder de la clase obrera y de las otras categorías de trabajadores, manuales e intelectuales, de la ciudad y del campo: es decir, de la gran mayoría del pueblo. Este poder se constituirá y actuará sobre la base de opciones libremente expresadas por el sufragio universal y su tarea será la de realizar la democratización más avanzada de toda la vida económica, social y política del país. Su deber será respetar y hacer respetar la elección democrática que haya hecho el pueblo". En este párrafo desaparece ya el sentido de proletariado ("si su papel es esencial —dijo Marchais en el XXII Congreso—, no representa la totalidad de ésta [la clase obrera] y menos aún al conjunto de trabajadores"); y la dictadura tendría hoy el valor de evocar los regímenes fascistas.

Se trata, sin duda, de rendir tributo a los términos del momento, destruyendo los negativos: pero es algo más que un simple juego de palabras. Es también una negación directa, entre las muchas que se están produciendo estos últimos tiempos, del sistema político de la URSS, que no sería otro que el de la fase de "dictadura del proletariado" como vía hacia la sociedad perfecta, es decir, hacia la sociedad comunista ideada por Marx y Engels, y luego ensalzada por Lenin y Stalin. Para los soviéticos, esta fase de dictadura del proletariado se ha alargado y puede alargarse en el futuro como consecuencia de un estado de lucha contra el mundo capitalista que obliga a continuar lo que antaño se llamó "comunismo de guerra". Es decir, una situación de violencia y dureza impuesta como respuesta única al enemigo. Los humanistas del comunismo habían aceptado siempre esta fase como meramente transitoria, y sus aparentes injusticias coyunturales o momentáneas serían borradas en aras de una justicia general que coronaría la etapa. Desde hace tiempo, los comunistas occidentales están dudando ya de si la URSS no estará instalada definitivamente en esta forma de dictadura que tiende a prolongarse hacia el infinito. Sin buscar otras citas, encontraremos la referencia matizada en el discurso de Marchais: "Es natural que expresemos nuestro desacuerdo con las medidas represivas que atentan contra las libertades de expresión, de opinión o de creación, se tomen donde se tomen. Hemos tenido que hacerlo a propósito de ciertos hechos acontecidos en la

Unión Soviética. No podemos admitir, en efecto, que el ideal comunista cuyo objeto es la felicidad del hombre, y por el cual llamamos a los trabajadores a combatir, pueda ser manchado por actos injustos e injustificados. Tales actos no son en ningún caso una consecuencia obligatoria del socialismo. Aún menos podemos admitirlos cuando se trata de un país cuyo pueblo está sólidamente, definitivamente unido en torno a una obra socialista de varios decenios". Más allá llega la condena a la política china, que "no solamente hace el juego del imperialismo, sino que puede crear situaciones alarmantes para la paz del mundo".

Si se trata de rechazar una frase cuya semántica se ha hecho insostenible, si se trata también de desgajarse del sistema soviético que es un ejemplo negativo, se trata también de insertarse en las corrientes del mundo actual. Hace ya diez, quince años, quizá más, que los partidos comunistas occidentales, a partir del italiano, predicaban el pluralismo, la democracia, el sufragio universal, y que incluso defienden ciertas formas —bastante amplias— de propiedad privada, de transmisión de herencias, etcétera. Este tipo de progresos no ha sido reconocido nunca por los anticomunistas oficiales, que tienen siempre una misma y única respuesta: se trata de un engaño, de unos cambios de palabras, pero "siempre son los mismos". La errónea actitud de Cunhal en Portugal, que ha producido la fuerte reacción contrarrevolucionaria que se conoce, ha abonado esta respuesta. El problema se plantea más para ese anticomunismo, que no se libera de sus propios dogmas anquilosados, que para el propio partido comunista, que va adquiriendo cada vez más fuerza entre las clases trabajadoras de los países por esta vía, mientras el anticomunismo se está considerando como desfasado, precisamente por lo arcaico de su respuesta.

La respuesta del mundo soviético no se ha hecho esperar. Alemania Oriental ha sido el primer país que ha proclamado que no abandonará el estadio de la dictadura del proletariado más que cuando pueda sobrevenir la sociedad comunista. No hay que esperar en lo inmediato un cambio de estructura interna de los países de régimen comunista de Europa y de Asia. Sus poderes son tan conservadores como los capitalistas. No se han dejado llevar por la dinámica de vida, y les cuesta trabajo abrirse a unas nuevas posibilidades. ■